19. *Contra el cansancio físico.*

Con frecuencia sucede también que alguno al principio escuchaba con gusto, luego se fatiga de oír o de estar de pie, y entonces no despliega los labios para ponderar sino para bostezar y hasta muestra deseos de retirarse no sin pesar suyo.

Cuando advirtamos algo semejante, es necesario entretener su atención contando algo honesto y ameno, relacionado con el tema; o alguna cosa muy llamativa o estupenda. O quizá convenga dolerse y lamentarse de su poca atención para que tocado en sus propios sentimientos preste más interés; pero sin ofenderlo con palabras ásperas, sino más bien ganarlo con afectuosidad. Será asimismo necesario ayudarlo ofreciéndole un asiento; aunque sin duda, sería preferible –donde es correcto hacerlo– que desde el principio escuche sentado.

Mucho mejor pensado; en algunas iglesias transmarinas [12], los obispos predican no sólo estando ellos sentados, sino que el mismo pueblo dispone de bancos para que nadie, ni el más débil, cansado de estar parado pierda una provechosa atención o quizás se vea obligado a retirarse.

Cabalmente es de gran interés conocer quién sea el que, para restablecer sus fuerzas, deba salirse de entre la concurrencia; si es uno que ya fue admitido a la participación de los misterios; o si el que se retira (la mayoría de las veces es apremiado inevitablemente a irse para no ceder dominado por alguna oculta dolencia) es alguno de los que se preparan para recibir los primeros sacramentos, porque éste no manifestará por vergüenza la causa y se irá porque la enfermedad no le permite permanecer parado.

Lo digo por experiencia, pues un individuo, hombre del campo, así lo hizo conmigo cuando yo lo estaba catequizando [13]. Entonces aprendí que hay que evitarlo con mucho cuidado.

¿Quién en verdad soportaría nuestra arrogancia si a nuestros mismos hermanos y a los que pronto lo serán –lo cual especialmente debe evitarse–, no los hacemos sentar delante de nosotros?

¿El propio nuestro Señor, a quien asisten los ángeles, no era escuchado por una mujer que estaba sentada? (Luc., X, 39).

Claro que si la lección ha de ser breve, o el lugar no es apto para que se siente la concurrencia, entonces que oigan los parados si son numerosos, y no de los que están próximos a ser iniciados [14]. Cuando es uno o dos, o unos pocos los oyentes que vinieron para hacerse cristianos es dañoso que se les hable estando ellos de pie.

No obstante si de esa manera habíamos comenzado, por lo menos al advertir el cansancio de alguno, ofrezcámosle asiento. Más todavía, se le debe absolutamente exigir que se siente y narrarle algo con lo cual se deleite, y con lo cual también eche de su corazón el cansancio que quizás lo había ya asaltado.

Cuando por negarse a manifestarlo, se ignoran los motivos por qué rehúse oír la lección, entonces, una vez que se haya sentado, dígasele algo contra las preocupaciones de los negocios mundanos que perturban, ya de modo alegre o serio, como he dicho. En forma que, si fuesen esas las causas que lo hubieran preocupado, cedan como si fuesen formalmente acusadas. Si por el contrario no fuesen, y se fatigó por haber estado escuchando (supuesto que lo ignoramos) digámosle algo inopinado y extraordinario que arranque su atención de la desgana.

Pero este dicho debe ser breve, sobre todo si está fuera del tema; no suceda que la enfermedad que intentábamos curar, empeore por causa de la misma medicina. Todo lo demás debe tratarse con rapidez prometiendo y hasta señalando que el fin está cercano.

CAPITULO XIV

ALGUNAS CAUSAS QUE RESTAN EFICACIA AL CATEQUISTA

20. *Animo mal dispuesto.*

También catequizas entristecido y sin gusto cuando alguien omitió una acción en la cual habías puesto tu confianza por considerarla necesaria.

Debes pensar que lo único que sabemos –y por grandísima misericordia– es que cualquier trabajo que hagamos por los hombres debemos hacerlo por un deber de muy sincera caridad.

Luego, esto excluido, nos es incierto lo que podamos hacer de más útil, de más oportuno; lo que debamos interrumpir o totalmente omitir. Verdaderamente ignoramos lo que ante Dios merezcan los hombres por los cuales trabajamos. Lo que a ellos en este momento, les sea más provechoso en forma muy imprecisa, muy incierta o de ninguna manera lo comprendemos, más bien lo sospechamos.

Por tanto, las cosas que hay que hacer, corrientemente debemos ordenarlas según nuestro buen entender. Si las podemos realizar como lo habíamos establecido nos alegraremos porque de este modo plugo Dios realizarlas; y no nosotros. Y si alguna necesidad interviniese perturbando nuestro plan, adaptémonos con facilidad, no nos quebremos. Hagamos nuestro el plan que Dios así nos propone; porque sin duda es más justo que nosotros sigamos su voluntad; que no El, la nuestra.

Porque el orden de las cosas que deben realizarse y que nosotros deseamos someter a nuestro arbitrio, debe ser –sin excepción– aprobado allí donde las cosas mejores siempre tienen el primer puesto.

¿Cómo pues, nosotros los hombres nos vamos a quejar de ser precedidos por el Señor Dios, infinitamente mejor, y gracias al cual somos capaces de amar nuestro orden? ¿Es que deseamos ser desordenados?

Ninguno ordena mejor su trabajo como aquel que está absolutamente resuelto a no hacer lo que el poder divino prohíbe, ni prefiere su humana intención; porque *muchos proyectos hay en la mente del hombre, pero el consejo del Señor permanece eternamente.* (Prov., XIX, 21).

21. *Los errores ajenos.*

Asimismo con un ánimo perturbado por algún escándalo, uno no se siente capaz para dictar una serena y agradable lección. Pero es necesario tener mucha caridad hacia aquellos por los cuales Cristo murió, y al precio de su sangre rescató de la muerte de los errores del mundo. Tanto más cuando en nuestra tristeza se nos anuncia que alguien está dispuesto a hacerse cristiano. Valga esto para consolarnos y librarnos de la tristeza: con la alegría de las ganancia suele suavizarse la angustia de las pérdidas.

No es propiamente el escándalo lo que nos contrista, sino el que perece, y aquel por cuya causa creemos o vemos que perece el débil.

Este, pues, que llega para ser catequizado, al darnos esperanzas de aprovechamiento, enjuga el dolor producido por el que escandalizó. Porque aun cuando nos inquiete el temor de que el prosélito se convierta en hijo del invierno (Mat., XXIII, 15) –toda vez que tenemos delante a tantos de entre los cuales pueda surgir estos escándalos que nos queman– no debe ser motivo para detenernos sino más bien para estimularnos y movernos, aconsejando a nuestro alumno para que se cuide de imitar a quienes son cristianos de nombre y no de verdad; para que no se impresione por su número; ni quiera seguirlos; ni por causa de ellos deje de seguir a Cristo. Evitar que no quiera estar en la Iglesia de Dios porque ellos están; o quiera ser de ella, tal como ellos son.

Finalmente no me explico cómo al dar esta clase de avisos, la palabra es más ardorosa. Pareciera que el dolor del momento le suministrase combustible para que no sólo seamos perezosos sino que, por tal razón, digamos más encendida y apasionadamente lo que diríamos con más seguridad, pero también con más frialdad y lentitud.

Alegrémonos de que se nos haya concedido una oportunidad, en la cual una pasión de nuestra alma no pasa sin dejar frutos.

22. *Contra los errores del mismo catequista.*

Si la tristeza nos toma a causa de un pecado o error nuestro, entonces recordaremos que no sólo es un sacrificio grato a Dios un corazón arrepentido (S., L, 19), sino también aquello otro: *porque como el agua apaga al fuego; así la limosna, al pecado* (Ecli., III, 33); y lo que dijo: *prefiero la misericordia al sacrificio (Os., VI, 6).*

Así pues, cuando peligramos en un incendio, corremos rápidamente al agua para poderlo extinguir y nos congratulamos si alguno de nuestros vecinos nos la da; así también, cuando de nuestras pasiones, como de paja, se levanta alguna llama de pecado se nos presenta la ocasión de realizar una obra de tan gran misericordia, como si se nos ofreciese una fuente para sofocar lo que se había encendido. ¿O acaso, seremos tan necios de suponer que hemos de correr más ligero con el pan que sólo calma el hambre del cuerpo, que con la palabra de Dios, con la cual alimentamos el alma hambrienta?

Y aquí sucede, que aun cuando tan sólo no aprovechase el catequizar y nada se perdiese con omitirlo, sin embargo despreciaríamos estúpidamente un remedio ofrecido no tanto para provecho de los demás, cuanto para remedio de nuestra propia salud. La voz del Señor, en efecto, suena amenazadora: *Siervo malo y haragán hubieras dado mi dinero a los banqueros* (Mat., XXV, 25-27).

En fin, ¿qué clase de locura es que atormentándonos nuestro pecado, nuevamente queremos pecar negando los bienes del Señor a quien los quiere y nos lo pide?

Con estos y otros semejantes pensamientos y consideraciones, expulsemos las tinieblas de nuestras tristezas y hagámonos aptos para catequizar; y lo que activa y alegremente ofrezcamos impregnémoslo suavemente con la abundancia de la caridad.

Estas cosas no tanto yo te las digo a ti, como a todos nosotros las dice el Amor, que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom., V, 5).

CAPITULO XV

LA LECCION DEBE ADAPTARSE A LOS OYENTES

23. *Diversas circunstancias.*

Ahora sí, puedes, sin ninguna duda, exigirme el pago de lo que no te debía antes de habértelo prometido. No me arrepiento. Desarrollaré pues, proponiéndolo para tu observación, un ejemplo de lección como si yo catequizase a alguno.

Pero antes de llevarlo a cabo, quiero que consideres que es distinta la intención del que esto dicta pensando en el futuro lector, de la del que habla y es escuchado. Y en uno mismo es diferente el empeño del que instruye en forma privada sin que nadie se halle presente para juzgarnos; y otra cosa, si el que enseña está en público rodeado de personas con diversidad de opiniones.

Y en esto de estar en público: será distinta la preparación si se enseña a uno sólo y en cambio los demás escuchan lo que ya conocen, pero como jueces y testigos: y otra, cuando todos juntos aprenden lo que se está enseñando.

Asimismo, otra cosa si estamos sentados y privadamente enseñamos como si estuviésemos en conversación; diversa, cuando todo el pueblo en silencio y atentamente escucha a uno solo que enseña desde una tribuna.

Interesa mucho para el modo de hablar, saber si son pocos o muchos los que estarán presentes; si doctos, si ignorantes o mezclados unos con otros; si de la ciudad, si del campo o si juntos éstos con aquéllos; o una multitud formada por toda clase de personas.

Influencia del catequista

No podrás ciertamente impedir que impresione de diversas maneras lo que se hablará y se dirá. Porque la lección que se expone, expone también una como imagen del que habla, reveladora de las

diversas emociones de su alma. Según esa diversidad, la presencia del orador impresiona diversamente a los oyentes como si ellos mismos entre sí se impresionasen.

Ahora tratamos del modo de instruir a los ignorantes; pero cuando catequizo me impresiono distintamente según veo ante mí a un erudito o a un incapaz, a un conocido o a un forastero, a un rico o a un pobre, a un particular o a un funcionario o a un constituido en alguna dignidad; según sea la clase, la edad o el sexo; según proceda de éste o de aquel error o secta; y según esta diferencia de impresiones así también se origina, se desarrolla y termina la lección.

Porque, aun cuando la misma caridad se deba a todos, no a todos se debe dar el mismo remedio. En efecto, la caridad a unos los engendra a la fe, con otros se enferma, a otros cuida de instruirlos, a otros teme ofenderlos; ante unos se inclina, ante otros se levanta; para unos es suave, para otros enérgica; de ninguno, enemiga; y para todos, madre.

Quien no ha experimentado esta misma caridad, a la cual me refiero, me considera dichoso viéndome gozar de buena fama entre el pueblo satisfecho de hallar en mí alguna dote de orador. Dios sin embargo, ante quien llega el gemido de los oprimidos (S., LXXVIII, 11), vea nuestra humildad y nuestro esfuerzo y nos perdone todos nuestros pecados (S., XXIV, 18).

En fin, si por algo mío, que te agrada, quisieras algún modelo para tus lecciones, podrías recibirlos viéndome y oyéndome cuando lo hago, mucho mejor que leyendo lo que ahora para ti estoy dictando.

PARTE SEGUNDA

PRACTICA DE LA CATEQUESIS

CAPITULO I

PLAN DE INSTRUCCION CATEQUISTICA

24. *Exordio de la lección.*

Comencemos pues. Te conviene que ensayes con alguno que, llegado para hacerse cristiano, forma parte de la gente ignorante no del campo, sino de la ciudad, de los que tanto abundan en Cartago [15].

Se lo interrogará si desea ser cristiano por alguna ventaja material o por aquel descanso que se espera después de esta vida; y respondiendo que por la futura paz, podríamos dar comienzo a la instrucción de esta manera, más o menos.

¡Demos gracias a Dios, hermano! Mucho te felicito y me alegro por ti que en medio de tantas y tan grandes tempestades, como son las de esta vida, has meditado sobre la conveniencia de una verdadera y cierta seguridad. Porque en este mundo, los hombres buscan con enormes esfuerzos el descanso y la seguridad, pero no los encuentran por culpa de sus malas pasiones.

Quieren, en efecto, descansar, pero sobre lo inestable; y como eso con el tiempo pasa y es arrebatado, se agitan de miedo y pena no consiguiendo estar tranquilos. Acaso, ¿no vemos cuántos de repente perdieron las riquezas; y a tantos otros que por causa de ellas perecieron cuando afanosos las buscaban, o ya poseyéndolas se las arrebataron otros más ávidos que ellos?

Y si las riquezas permaneciesen con el hombre durante toda su vida, sin abandonar a sus amadores, todavía tendrían que dejarlas con la muerte. ¿Y qué es la vida del hombre, aun cuando llegue a viejo? Y no obstante desear los hombres la ancianidad, ¿qué otra cosa desean sino una prolongada enfermedad? Asimismo, ¿qué son los honores de esta vida, sino humo, vacío y peligro de ruina?

Por esto la Sagrada Escritura afirma: *"Toda carne es como hierba y la gloria del hombre como flor de hierba. Sécase la hierba, marchítase la flor; pero la palabra de Dios permanece eternamente"* (Is., LX, 6-8).

Luego, quien desea el verdadero descanso y la verdadera felicidad debe sacar su confianza de las cosas mortales y transitorias, y colocarla en la palabra de Dios para unirse a lo que permanece eternamente y así unido, él a su vez permanezca eternamente.

25. *La falsa dicha.*

Hay en verdad hombres que no tratan de ser ricos, ni ambicionan conseguir la vanidosa pompa de los honores, sino que quieren descansar y gozar de crápulas, lujurias, teatros, entretenimientos frívolos que hay gratis en las grandes ciudades [16].

Pero así también por la lujuria se les viene la miseria y después por su pobreza se lanzan de pronto en hurtos, violencias y quizás en robos, llenándose de muchos y graves temores. Los que poco antes, cantaban en las tabernas, ahora duermen con llanto en la cárcel.

De parecido modo, por la pasión de los espectáculos se convierten en semejantes a los demonios, incitando con sus gritos a los hombres para que se maten entre sí y tengan con ellos porfiadas luchas; pero sin que se les dañe, por el loco deseo de agradar al pueblo. Y si llegasen a advertir que están de acuerdo, entonces los odiarían y perseguirían clamando para que se les golpee con palos como a los condenados a los juegos y todavía obligan al juez a castigar esta iniquidad.

Saben como provocar horrendos odios entre estos miserables; ya sea gladiadores de los llamados sintos, o autores, histriones, aurigas o cazadores, a todos ellos incitan a competencia y luchas no de sólo hombres contra hombres, sino de hombres contra bestias.

Los enloquecidos espectadores tanto más los aman y se gozan, cuanto má sienten que se enfurecen entre sí con mayor odio; favorecen a los provocadores, a los favorecidos los provocan cada vez más contra ellos mismos, uno contra otro. Unos locos desean contemplar la locura de otros locos, que ellos enloquecieron.

¿Cómo de este modo podrá el alma gozar de la salud y tranquilidad, si se alimenta de discordias y peleas?

Como es el alimento que se ingiere, así será la salud. En fin, la alegría loca no es alegría; pero cualquiera que sea esta alegría, y por grande que sea la jactancia de las riquezas, y la hinchazón de los honores, y la vorágine de las crápulas y de los combates del anfiteatro, y la inmundicia de la fornicación, y la procacidad de las termas [17],

una pequeña fiebre arrebata todo esto y barre con toda esta mentida felicidad, quedando la conciencia vacía y despedazada. Ha de sentir a Dios como juez, al cual no quiso tener como cuidador; y ahora ha de encontrar como exigente dueño al que no quiso buscar ni amar como a dulce padre.

Tú, sin embargo, porque buscas el verdadero descanso prometido a los cristianos para después de esta vida, aun aquí entre las muy amargas molestias de este mundo, lo gustarás suave y agradable si amas los preceptos de aquel que lo prometió.

Y pronto probarás que son más dulces los frutos de la justicia que los de la iniquidad; y más verdadero y agradable el gozo del hombre de buena conciencia entre las molestias, que el de la mala entre los placeres; porque no has venido a unirte a la Iglesia de Dios para obtener de ella alguna utilidad temporal.

CAPITULO II

VERDADEROS MOTIVOS PARA HACERSE CRISTIANO

26. *Contra las torcidas intenciones.*

No faltan los que tratan de hacerse cristianos para conseguir estima ante personas de las cuales esperan ventajas materiales, o porque no quieren ofender a otras que temen. Pero éstos son réprobos; aun cuando la Iglesia temporalmente los aguanta –como la era soporta la paja hasta el momento de la trilla– si no se corrigiesen ni hubieran comenzado a ser cristianos por la dicha que figura al final, serán rechazados.

No se ilusionen por encontrarse en la era con el trigo de Dios, porque en el granero no estarán con él, sino que son destinados al merecido fuego (Mat., III, 12).

Hay otros con mayor esperanza, pero no con menor peligro. Temen a Dios y no se burlan del nombre cristiano, ni entran en la Iglesia de Dios con espíritu simulador; pero buscan la felicidad en esta vida y ser más felices en los negocios terrenos que aquellos que no adoran a Dios. Por tanto, como vean que algunos criminales e impíos sobresalen y gozan de prosperidad mundana, y ellos en cambio tienen menos o la perdieron, entonces se turban como si hubiesen adorado a Dios sin provecho y fácilmente defeccionan de la fe.

27. *La recta intención.*

El que desea hacerse cristiano por la bienaventuranza sempiterna y por el descanso eterno, prometidos para el futuro a los santos, y para no ir al infierno con el diablo, sino entrar en el reino eterno con Cristo, éste tal es un verdadero cristiano. Es cauto en toda tentación para no corromperse en la prosperidad ni quebrantarse en la adversidad; modesto y temperante en la abundancia de los bienes terrenos, y fuerte y paciente en las tribulaciones.

Y si luego progresando llegase a tal disposición de espíritu de amar más a Dios que temer al infierno, de modo que si el mismo Dios le dijera: goza eternamente de los placeres carnales y, en cuanto puedas, peca porque no morirás ni serás arrojado al infierno, sino que tan sólo no estarás conmigo; se llenaría de horror y de ninguna manera pecaría no sólo para no caer en lo que temía sino para no ofender a quien tanto ama, y en el cual está el único descanso que "ojo no vio, ni oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios preparó para los que le aman" (I Cor., II, 9).

28. *El por qué de la Encarnación del Verbo.*

Acerca de este descanso, la Escritura muestra y no oculta que al principio del mundo, en el cual hizo Dios el cielo y la tierra y todo lo que en ellos se contiene, trabajó durante seis días y en el séptimo descansó. Hubiera podido el Omnipotente en un solo momento de tiempo hacerlo todo. No se había fatigado como para descansar por haber *"dicho, y todas las cosas fueron hechas; ordenó y todo fue creado* (S., CXLVIII, 5); sino para indicar que después de las seis edades de este mundo, en la séptima, como en el séptimo día, descansará en sus santos, porque ellos descansarán en El después de todas las obras buenas con las cuales le sirvieron [18]. Obras que El mismo realiza en ellos; El que llama y ordena, y perdona los pecados pasados y justifica al que antes era impío.

Y así como cuando ellos, por un don de El, trabajan bien, se dice que El de este modo trabaja; así también cuando ellos descansan en El se afirma rectamente que El descansa. Ahora, en cuanto a El se refiere, no busca pausa porque no siente fatiga.

Todo lo ha hecho por medio de su Verbo. Y su Verbo es el mismo Cristo, en quien descansan los ángeles y todos los purísimos espíritus celestiales en santa quietud. Empero el hombre caído en el pecado perdió el descanso que poseía en la divinidad de Cristo, pero lo consiguió en su humanidad.

Porque en el momento oportuno –en aquel momento que El sabía como el más conveniente para que sucediese– se hizo hombre y nació de una mujer. No pudo ser contaminado por la carne quien venía a purificarla [19]. Por revelación del Espíritu, los antiguos santos lo conocieron y profetizaron que había de venir. De esta manera se salvaron creyendo que vendría, como nosotros nos salvaremos creyendo que

ya vino, para que amásemos a Dios, el cual nos amó a nosotros de tal modo que envió a su único Hijo revestido con la humildad de nuestra mortalidad, a fin de que fuese muerto a manos de pecadores y en beneficio de los pecadores.

Así pues, desde los primeros tiempos, la sublimidad de este misterio no cesa de ser predicado y preanunciado.

CAPITULO III

CATEQUESIS SOBRE LA CREACION

29. *Dios creador.*

Y porque Dios es omnipotente y bueno y justo y misericordioso, por eso todo lo hizo bueno; tanto las cosas grandes como las pequeñas; las sublimes como las ínfimas. Hizo todo lo que se ve, como el cielo, la tierra y el mar. Y en el cielo: el sol, la luna y los demás astros; y en la tierra y en el mar: las plantas, los frutales y todos los animales según su propia naturaleza. Hizo todos los seres tanto celestes como terrestres; y no sólo los visibles, sino también los invisibles, como los espíritus que animan y vivifican a los cuerpos.

Creó al hombre a su imagen. Y del mismo modo que El por su omnipotencia precede a todas las criaturas, así el hombre por su inteligencia –con la cual también conoce y adora a su Creador– preceda a todos los animales terrestres.

Creole también la mujer para ayuda y no para su carnal concupiscencia, porque entonces ni siquiera la tenían los cuerpos corruptibles, antes que, por culpa del pecado, los dominase la muerte.

La creó para que así como el hombre era una gloria de Dios cuando imitaba a la sabiduría divina; así también el hombre consiguiese gloria de la mujer presidiéndola en el acercarse a Dios, mostrándose ante ella como modelo en la piedad y en la sanidad.

30. *¿Por qué fue creado el hombre si iba a pecar?*

Luego los colocó en un cierto lugar, llamado Paraíso por la Escritura. Dioles un precepto que si no lo violaban, permanecerían para siempre en esa bienaventuranza inmortal; pero si en cambio lo transgredían, sufrirían los suplicios y la muerte. Y aun cuando Dios sabía de antemano que ellos lo violarían, sin embargo como creador y hacedor de todo bien, tanto más buenos los hizo a ellos, cuanto simplemente buenas había hecho a las bestias, llenando la tierra con bienes terrestres, para que el hombre, aun cuando fuese pecador, resultase mejor que las bestias. El precepto, que no guardarían, lo dio tan sólo

para que fuesen inexcusables cuando debiese comenzar a castigarlos [20].

Cualquier cosa que hiciese el hombre encontraría que Dios es digno de alabanza en sus obras: si procedía rectamente, lo encontraría laudable por la justicia del premio; si pecaba, lo hallaría laudable por la justicia del castigo; si confesando su pecado volvía al recto sendero, lo encontraría laudable por la clemencia del perdón.

¿Cómo pues, Dios no iba a crear al hombre –aun cuando supiese con anterioridad que sería pecador– si coronándolo por no haber caído, o castigándolo por haber pecado, o ayudándolo por haberse arrepentido, siempre y de todos modos aparecería glorioso por su bondad tanto como por su justicia y clemencia?

¿Principalmente conociendo de antemano a los futuros santos que nacerían de la mortalidad y que no se buscarían a sí mismos sino la gloria de su Creador adorándolo, y libres de toda mancha merecerían vivir siempre y dichosamente con los ángeles santos?

El mismo Dios que dio a los hombres el libre arbitrio para que lo adorasen, no impulsados por una necesidad servil sino con pura voluntad dioselo también a los ángeles [21]. Por tanto, el ángel que ensoberbecido abandonó con otros espíritus satélites suyos, la obediencia debida a Dios y fue hecho diablo, tampoco hizo daño a Dios, sino a sí mismo.

Dios en verdad es capaz de arreglar las almas que lo abandonaron; y con su merecida miseria ornar, con leyes muy oportunas y adaptadas, las partes inferiores de su creación [22].

De modo que el diablo no dañó a Dios cuando pecó, o cuando sedujo al hombre hacia la muerte; ni el mismo hombre disminuyó en algo la verdad, o el poder, o la felicidad de su Creador cuando por propia voluntad consintió en la propuesta de la esposa, seducida por el diablo, en contra de lo que Dios les había prohibido.

Todos fueron condenados por justísimas leyes, quedando ellos cubiertos de ignominia por la humillación del castigo, delante de su Dios glorificado por la justicia de la sentencia.

Dios es siempre glorificado; tanto si el hombre se somete vencido al diablo, despreciando a su Creador; como si el diablo es humillado ante el hombre que se convierte a su Creador. Lo mismo si sigue al diablo hasta el fin, como si por el contrario, se humilla ante Dios y derrotando al diablo por medio de la gracia, merece los premios eternos.

CAPITULO IV

CATEQUESIS SOBRE LAS DOS CIUDADES

31. *¿Por qué hay malos?*

No debemos impresionarnos porque sean muchos los que consienten al diablo y pocos los que sigan a Dios. Porque también el grano, comparado con la paja, es muy inferior en cantidad. Pero así como el agricultor conoce lo que deba hacer con el montón de paja, así también la multitud de los pecadores es como nada ante Dios, el cual sabe lo que haya que hacer con ellos; de modo que el gobierno de su reino no sea turbado ni manchado por ningún lado.

Ni tampoco debemos imaginarnos que el diablo haya triunfado porque arrastró consigo la mayor cantidad –con los cuales será vencido por unos pocos–. Porque dos ciudades –la de los malvados y la de los santos– son conducidas juntas desde el principio del género humano hasta el fin de los siglos. Ahora mezcladas por los cuerpos, aunque separadas por las voluntades hasta el día del juicio, en que han de ser separadas aun en los cuerpos [23].

Todos aquellos hombres que aman la soberbia y el poder temporal con vano orgullo y ostentosa arrogancia, y todos los seres espirituales que tales cosas ambicionan, y buscan su gloria oprimiendo a los hombres: todos igualmente están sometidos a una sola sociedad. Y aun cuando con frecuencia pelean en contra de sí mismos por estas cosas, sin embargo son arrastrados a la misma honda miseria por el peso de igual codicia y se encuentran asociados por la semejanza de métodos y merecimientos.

A su vez, todos los hombres y todos los espíritus que humildemente buscan la gloria de Dios y no la suya, y lo siguen, pertenecen a una sola sociedad. Con todo, Dios misericordiosísimo es paciente con los hombres impíos y muéstrales el lugar de la penitencia y de la corrección.

32. *Misterio del Diluvio Universal.*

En cuanto el haber Dios destruido todo el género humano con un diluvio –exceptuando un solo justo con los suyos, a quienes quiso salvar en el arca– fue porque sabía que no habían de corregirse.

Sin embargo, habiendo durado cien años la construcción del arca, se les predicó que vendría sobre ellos la ira de Dios; de manera que si se hubiesen convertido, les hubiera perdonado; como posteriormente, a la ciudad de Nínive, que hizo penitencia cuando por medio de un profeta la amenazó con destruirla [24].

Esto lo hace Dios aun con aquellos que conoce que perecerán en la maldad, dándoles, no obstante, tiempo de penitencia, y para ejercitar nuestra paciencia y sostenerla con su ejemplo. Por todo lo cual sabemos cuánto más debemos tolerar a los malos nosotros, que ignoramos si, mediando su perdón, serán tales en el porvenir; cuando El, a quien nada futuro se le oculta, los deja vivir.

Asimismo con el misterio del Diluvio, en el cual por medio de un leño [25] fueron salvados los justos, era profetizada la futura Iglesia, a la cual Cristo, su rey y su Dios, sostiene sobre el diluvio de este mundo por medio del misterio de la cruz.

Tampoco ignoraba Dios que de los salvados en el arca, nacerían los malos que nuevamente colmarían la faz de la tierra con sus iniquidades; empero con el Diluvio les dio un ejemplar del juicio final, y les anunció con el misterio del madero la liberación de la muerte.

Después de todo esto, tampoco cesó de reproducirse la maldad, por causa de la soberbia, la lujuria y las impiedades, cuando los hombres abandonando a su Creador, no sólo se entregaron a las criaturas creadas por Dios, adorando en lugar de Dios lo que Dios había creado, sino que hasta doblegaron sus almas ante las obras de sus mismas manos, con lo cual más torpemente triunfaron sobre ellos el diablo y los demonios, alegrándose de ser adorados y respetados por medio de tales ídolos, acrecentando así sus mentiras con las mentiras humanas.

33. *Dichos y hechos proféticos.*

No obstante, tampoco entonces faltaron justos que buscaron a Dios piadosamente y vencieron la soberbia del diablo. Eran ciudadanos de la ciudad santa revelada por el Espíritu, y sanados por la futura humildad de Cristo su rey.

Entre ellos fue elegido Abraham, siervo piadoso y fiel de Dios; a quien se le reveló el misterio del Hijo de Dios, para que, por la imitación de su fe, fuesen llamados hijos suyos todos los fieles de todas las razas [26].

De él procedió el pueblo que adoraría al único Dios verdadero, creador del cielo y de la tierra, cuando todos los demás servían a los ídolos y a los demonios.

En este pueblo numeroso fue cabalmente figurada con más evidencia la futura Iglesia. Había, sin embargo, en él una multitud materializada que adoraba a Dios por los beneficios visibles; pero también había algunos que sabían del futuro descanso y buscaban la patria celeste. A éstos, mientras profetizaban, se les revelaba la futura humildad de Dios, nuestro rey y señor Jesucristo; así por esta fe fueron sanados de toda hinchazón y soberbia.

No solamente la palabra de estos santos, anteriores en tiempo a la venida del Señor, sino también sus vidas, matrimonios, hijos y hechos fueron un preanuncio de la presente edad, en la cual se forma la Iglesia con los pueblos gentiles mediante la fe en la pasión de Cristo [27].

Por medio de estos santos patriarcas y profetas al materializado pueblo israelita (más tarde se los llamó también judíos) se le administraban los bienes visibles, que por puro interés esperaban de Dios; y también los castigos corporales merecidos con los cuales se los amedrantaba en los momentos necesarios, de acuerdo a lo que exigía la dureza de sus corazones.

En todas estas cosas estaban significados los misterios espirituales de Cristo y de la Iglesia. De esta Iglesia, esos santos eran también miembros, aun cuando hubiesen existido antes que Cristo Señor naciese según la carne. El, en efecto, es el unigénito Hijo de Dios, Verbo del Padre, igual y coeterno al Padre; por El fueron hechas todas las cosas; se hizo hombre por nosotros para ser cabeza de toda la Iglesia, como de todo su cuerpo.

Pero así como es todo un hombre el que nace, aun cuando se adelante su mano en nacer, pues, está unida y articulada bajo la cabeza a todo el cuerpo –de este modo alguno de los patriarcas para significar esto mismo nacieron adelantando una mano– así también todos los santos que existieron en la tierra antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, aun cuando hayan nacido antes, sin embargo fueron unidos a todo el cuerpo, cuya cabeza es Cristo [28].

CAPITULO V

CATEQUESIS SOBRE LA LIBERACION DEL PUEBLO HEBREO

34. *Simbolismos de la liberación.*

Este mismo pueblo conducido a Egipto sirvió a un rey crudelísimo; y amaestrado por trabajos atroces buscó a Dios para que lo libertase. Fue enviado uno del mismo pueblo, Moisés, santo siervo de Dios, que entonces con el poder divino aterrorizó a los impíos habitantes de Egipto con extraordinarios milagros. Sacó de allí al pueblo de Dios a través del Mar Rojo; en donde, separando las aguas, ofreció un camino a los que debían pasar. Los egipcios, en cambio, mientras los perseguían fueron aniquilados, sumergidos por las aguas que habían vuelto a unirse.

Y así como en el diluvio por medio de las aguas, la tierra fue purificada de la maldad de los pecadores, que por esa inundación fueron destruidos mientras los justos se salvaron por el madero; así también saliendo de Egipto el pueblo de Dios, encontró un camino a través de las aguas, y con las cuales fueron aniquilados sus enemigos.

No faltó entonces el misterio del madero [29]. Porque Moisés golpeó con su vara las aguas para que se realizase el milagro. Ambas, agua y varia, son un signo del santo bautismo, por el cual los fieles pasan a una nueva vida y sus pecados, como enemigos, son borrados y muertos.

Más explícitamente todavía fue figurada en este pueblo la pasión de Cristo, cuando se les mandó matar y comer un cordero y con su sangre marcar las jambas de sus puertas, y esto celebrarlo todos los años y llamarlo Pascua de Dios. En verdad una profecía sobre nuestro Señor Jesucristo dice muy claramente que *fue conducido como cordero para ser inmolado* (Is., LIII, 7). Y ahora con el signo de su pasión y cruz tú debes ser signado y todos los cristianos se signan en la frente, como aquéllos sus puertas.

35. *La Ley escrita por el Dedo de Dios.*

De allí, a través del desierto fue conducido durante cuarenta años; entonces recibió la Ley escrita por el Dedo de Dios. En esta forma se indica al Espíritu Santo, como se declara de modo muy manifiesto en el Evangelio. No porque Dios deba ser considerado con forma corporal, o debamos imaginarlo con miembros y dedos como vemos en nosotros; sino que los dones de Dios son distribuidos entre los santos por el Espíritu Santo de manera que mientras cada uno posee distintos poderes espirituales, sin embargo todos se hallan unidos por la concordia de la caridad.

Especialmente es en los dedos donde aparece cierta división que, sin embargo, no es una ruptura con la unidad. Sea por esta razón, o por cualquiera otra causa, el Espíritu Santo es llamado Dedo de Dios, sin que por ello debamos imaginar que tenga la forma del cuerpo humano.

Así pues, este pueblo recibió la Ley escrita por el Dedo de Dios; pero en verdaderas tablas de piedra para significar la dureza de sus corazones, pues ellos no cumplirían con la Ley. Deseosos de los dones materiales del Señor, eran observantes más por temor sensible que por caridad; y sólo la caridad cumple la Ley.

Por todo esto fueron cargados con muchos ritos materiales; oprimidos con el yugo servil de los sacrificios de animales y con otras innumerables obligaciones; las cuales, a su vez, eran signos de cosas espirituales referentes al Señor Jesucristo y a la Iglesia. Signos que entonces eran entendidos por unos pocos santos para su aprovechamiento, y los observaban en cuanto lo permitía aquella edad; empero la multitud de los materializados tan sólo los observaba sin entenderlos.

36. *Jerusalén, tipo de la Ciudad Celestial.*

El pueblo israelita –con muchos y variados signos de cosas futuras, que sería largo recordarlos todos y que ahora vemos cumplidos en la Iglesia– fue conducido a la tierra prometida, donde reinó temporal y materialmente de acuerdo a sus deseos; realizando así con este reino terrenal la imagen del reino espiritual.

Allí fue establecida Jerusalén, famosísima ciudad de Dios, para que sirviera de imagen de aquella otra ciudad libre, cuyo nombre es la

Celestial Jerusalén (Gal., IV, 25-26), palabra hebrea que significa visión de paz.

Los ciudadanos de esta última ciudad son todos los hombres santificados que existieron, existen y existirán, y todos los espíritus santificados, también todos los que en las más altas partes del cielo obedecen a Dios con piadosa sumisión y no imitaron la impía soberbia del diablo y de sus ángeles.

De esta ciudad es rey nuestro Señor Jesucristo, Verbo de Dios, que gobierna a los más encumbrados ángeles; y que se hizo hombre para gobernar también a los hombres, para que juntos con El, todos reinasen en la eterna paz.

Como preanuncio de este rey, en aquella nación terrenal de Israel, destacose muy principalmente el rey David, de cuya estirpe descendería el verdadero rey, nuestro Señor Jesucristo, *"que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos"* (Rom., IX, 5).

Muchos otros acontecimientos fueron llevados a cabo en la tierra prometida para anunciar al futuro Cristo y a la Iglesia, como podrás estudiar despacio y con calma en los Libros Santos.

CAPITULO VI

CATEQUESIS SOBRE EL CAUTIVERIO DE ISRAEL

37. *Significado del cautiverio babilónico.*

Después de algunas generaciones, esta ciudad mostró otra imagen que a nuestro asunto muy especialmente se refiere. Pues, fue reducida a cautividad; y mucha parte de su población, conducida a Babilonia.

Y así como Jerusalén representa la ciudad y sociedad de los santos; así Babilonia, la ciudad y sociedad de los malvados, pues su nombre se interpreta confusión.

Sobre ambas ciudades –de como en el transcurso de los tiempos van mezcladas desde el origen del género humano; y como por último serán separadas– ya hemos hablado hace poco [30].

Tanto la cautividad de Jerusalén como la conducción de sus habitantes como esclavos a Babilonia fue ordenada por Dios por medio de Jeremías, que profetizó por aquel tiempo [31].

Existieron reyes de Babilonia, bajo los cuales servían, que en esta oportunidad fueron conmovidos por algunos milagros; así conocieron, adoraron y mandaron que fuese adorado el único verdadero Dios, creador de todo cuanto existe (Dan., II, VI, XIV).

También se les mandó que orasen por aquellos bajo cuyo cautiverio estaban y en cuya paz esperasen su propia paz, para engendrar hijos, edificar casas, plantar huertas y viñas. Y se les promete que serán liberados después de setenta años (Jer., XXV-XXIX).

Todo esto, en figura, significaba que la Iglesia de Cristo –en todos sus santos, que son los ciudadanos de la celestial Jerusalén– sería esclavizada bajo los reyes de este mundo. Dice, en efecto, la enseñanza apostólica: *"Toda alma ha de estar sometida a las autoridades superiores"*; y que *"se pague todo lo que se deba; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana"* (Rom., XIII, 1 y 7); y todo lo demás que, salvo el culto a nuestro Dios, ofrecemos a los príncipes del gobierno constituido. El mismo Señor para darnos ejemplo de esta justa doctrina, como hombre de cuya naturaleza estaba revestido, no desdeñó pagar tributo (Mat., XVII, 27).

Asimismo se manda a los esclavos cristianos y buenos fieles, que sirvan ecuánime y fielmente a sus dueños temporales (Ef., VI, 5), a los cuales, sin embargo, juzgarán si continúan hasta el fin en su iniquidad, o con los cuales juntamente reinarán si se hubiesen convertido al Dios verdadero.

A todos, finalmente, se manda servir a los humanos y terrenos poderes aún después del tiempo prefijado e indicado por los setenta años, en que será libertada la Iglesia de la confusión de este mundo, como Jerusalén de la servidumbre de Babilonia.

En ocasión de esta esclavitud, los mismos príncipes terrenales [32], abandonando los ídolos, por cuya causa perseguían a los cristianos, conocieron y adoran al único verdadero Dios y Señor Cristo. Por ellos, el apóstol Pablo manda rezar aun cuando perseguían a la Iglesia. Así en efecto, dice: *"Te ruego ante todo que se hagan peticiones, adoraciones, súplicas y acciones de gracias por los emperadores, por todos los hombres y por todos los constituidos en dignidad a fin de que gocemos de vida tranquila y segura con toda piedad y caridad"* [33] (I Tim., II, 2).

Y así por su medio fue dada a la Iglesia la paz, aunque temporal, para edificar espiritualmente casas y plantar huertos y viñas.

He aquí, pues, como al presente por esta instrucción te edificamos y te plantamos a ti. Y esto puede hacerse con paz en el reino cristiano sobre todo el orbe de la tierra, como afirma igualmente el Apóstol: *"sois cultivo de Dios y edificación de Dios"* (I Cor., III, 9).

38. *Significado de la libertad del Reino Judío.*

Después de estos setenta años –místicamente los había profetizado Jeremías para anunciar el fin del mundo (Jer., XXV, 12; XXIX, 10)– para que la figura se completase, se hizo la restauración del templo de Dios en Jerusalén. Pero como todo se realizaba en forma de figura, no fue firme la paz ni la libertad devuelta a los judíos. Por esto, después fueron vencidos por los romanos y hechos tributarios.

Ya desde aquel momento en que se hicieron cargo de su tierra y comenzaron a tener reyes –para que no fueran a creer que en alguno de sus reyes se hubiese efectuado cuanto se les había prometido en el Cristo libertador–, les fue preanunciado Cristo más claramente y por muchas profecías. Y no sólo por David en el libro de los salmos, sino también por otros grandes profetas hasta el tiempo del cautiverio de Babilonia.

En esta misma ciudad hubo profetas que anunciaron al Señor Jesucristo, que vendría como libertador de todos. Y si luego de transcurridos los setenta años y de reconstruido el templo, los judíos sufrieron de parte de los reyes paganos tantos opresiones y calamidades, fue para que entendiesen que aún no había llegado el libertador, que no lo imaginaban como libertador espiritual, sino que lo deseaban para alcanzar su libertad política.

CAPITULO VII

CATEQUESIS SOBRE LAS SEIS EDADES DEL MUNDO Y LA VENIDA DE CRISTO

39. *Las seis edades del mundo.*

Hemos recorrido, pues, cinco edades del mundo, de las cuales, la primera va desde el principio del género humano, esto es, desde Adán, que fue el primer hombre, hasta Noé, que construyó el arca para el tiempo del Diluvio (Gen., VI). Luego viene la segunda, que se extiende hasta Abraham, que fue llamado padre de todos los pueblos que imitarían su fe (Gen., XVII, 4); pero también lo es, por directa descendencia, del pueblo judío, el cual, antes de la conversión cristiana de los gentiles, era el único entre todos los pueblos que adoraba al solo verdadero Dios; de este pueblo también habrá de venir Cristo salvador.

De las generaciones de estas dos edades se trata en forma destacada en los antiguos libros. Las generaciones de las tres siguientes se hallan también declaradas en el Evangelio cuando recuerda el origen humano de nuestro Señor Jesucristo (Mat., I, 1-17).

La tercera edad es la que parte de Abraham hasta el rey David. La cuarta, de David hasta el cautiverio de Babilonia. La quinta, desde la partida para el cautiverio hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Con esta venida comienza la sexta edad que ya anteriormente, por una gracia espiritual, había sido conocida por unos pocos patriarcas y profetas y ahora se manifiesta a todas las gentes, para que nadie adore a Dios sino sólo por amor, y no por las ventajas visibles de servirlo; ni por la felicidad de la vida presente, sino por sólo la vida eterna en la cual se gozará de El mismo, y que tan sólo por El se la deseará.

Y así como en el sexto día fue hecho el hombre a imagen de Dios (Gen., I, 27); así en esta sexta edad, ha de renovarse el alma humana conforme a esa misma imagen.

Entonces sí que se cumple la ley cuando se guarda todo lo mandado, no por la avidez de los bienes temporales, sino por amor de quien

la ha mandado. ¿A quién, en verdad, no incita a devolver amor por amor un tan justo y misericordioso Dios, que primeramente amó de tal manera a los hombres, tan injustos y soberbios, que por ellos envía al Hijo único, por quien hizo todas las cosas; y el cual, no por un cambio de sí mismo, sino por la encarnación, se hizo hombre, no sólo para poder vivir con ellos, sino también para poder ser muerto por ellos y para ellos?

40. *Vida y enseñanzas de Cristo.*

De modo que al ser revelado el Nuevo Testamento de la herencia sempiterna, en el cual el hombre, renovado por la gracia de Dios, realiza una nueva vida; es decir, la vida espiritual, queda demostrado que el anterior Testamento estaba superado. En efecto, en él –con excepción de algunos iluminados patriarcas y profetas, y algunos santos desconocidos– el pueblo materializado realizaba el hombre viejo viviendo de un modo material; esperaba del Señor Dios premios materiales, y tan sólo en forma simbólica participaba de los bienes espirituales.

Por esto, Cristo hecho hombre despreció todos los bienes de la tierra para enseñar como deben ser despreciados; soportó todos los males, que mandaba fuesen soportados, para que no se buscase en aquéllos la felicidad, ni se temiese en éstos la desgracia.

Al nacer de una madre, que lo fue sin conocer varón y que concibió siendo virgen, vivió y murió virgen; desposada, sin embargo, con un obrero: despreció todo orgullo que procede de la nobleza del linaje.

Naciendo en Belén –entonces la más pequeña ciudad de Judea y hoy apenas una aldea–, lo hizo para que nadie se gloriase de la importancia de la terrena patria. Además se hizo pobre, siendo dueño y creador de todo, para que ninguno de los que habían de creer en El intentase ensoberbecerse por las riquezas de este mundo. No permitió que los hombres lo hiciesen rey, porque quiso enseñarles el camino de la humildad, del cual los había alejado la soberbia; no obstante que toda la creación proclama la eternidad de su reinado.

Sufrió hambre el que a todos alimenta; tuvo sed el creador de todo género de bebidas; El, que espiritualmente es pan de los hambrientos y fuente para los sedientos. Se fatigó por los caminos de la tierra, el que se convirtió para nosotros en camino del cielo. Fue como mudo y

sordo delante de los que lo ofendían, el que hizo hablar a los mudos y oír a los sordos. Fue maniatado el que rompió las cadenas de la enfermedad; flagelado, el que echó de los cuerpos humanos el azote de todos los dolores. Fue crucificado quien terminó con nuestras crucifixiones; y fue muerto el que había resucitado a los muertos. Pero El resucitó para nunca más morir, a fin de que ninguno despreciase la muerte como si nunca debiese vivir después.

CAPITULO VIII

CATEQUESIS SOBRE EL ESPIRITU SANTO Y LA IGLESIA PRIMITIVA

41. *Venida del Espíritu Santo.*

Luego de confirmar, durante cuarenta días, a los discípulos con su conversación, subió a los cielos contemplándolo ellos. Y cumplidos los cincuenta días después de su resurrección, les envió al Espíritu Santo (como se lo había prometido) por el cual, derramada la caridad en sus corazones, no sólo sin opresión sino con placer, pudieron cumplir con la ley que, con el nombre de Decálogo, fuera dada a los judíos en diez preceptos. Y ahora nuevamente resumida en dos, que amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con la mente; y que amemos al prójimo como a nosotros mismos. Porque en estos dos preceptos se contiene toda la ley y los profetas, como el mismo Señor lo dijo en el Evangelio, y como lo enseñó con su ejemplo (Mat., XXII, 37-40).

Y así como desde el día en que, a modo de figura, celebró el pueblo israelita la primera pascua –matando y comiendo un cordero, con cuya sangre tiñeron las jambas de sus puertas para tutelar su salvación– habían transcurrido cincuenta días y recibió la ley escrita por el dedo de Dios –palabra con la cual, como dijimos, se indica al Espíritu Santo [37]–; así también en el quincuagésimo día después de la pasión y resurrección del Señor, que es la verdadera pascua, fue enviado a los discípulos el Espíritu Santo.

Ahora, no ya para significar con tablas de piedra, corazones duros. Porque estando en un mismo lugar de la ciudad de Jerusalén, los discípulos congregados, se produjo de repente un ruido del cielo como si soplase un viento impetuoso; y vieron unas lenguas como de fuego; y comenzaron a hablar diversas lenguas, de modo que todos los que se les habían acercado, los entendían cada uno en su propia lengua.

En Jerusalén se reunían judíos de toda la tierra, que habían aprendido los diferentes idiomas de los distintos pueblos, entre los cuales estaban dispersos (Hech., II, 1-11).

Luego ellos, con toda seguridad, predicando a Cristo, realizaban muchos milagros en su nombre; a tal punto que un muerto resucitó al ser tocado por la sombra de Pedro (Id., V, 15).

42. *Conversión de los judíos.*

Como veían los judíos cuántos milagros se realizaban en el nombre de aquel que ellos –en parte por envidia y en parte por error– habían crucificado, unos se irritaron hasta perseguir a los Apóstoles que lo predicaban; y otros, en cambio, admiraron cada vez más a aquel de quien se habían mofado cuando era maltratado y preso. Arrepentidos, miles de judíos se convirtieron y creyeron en El.

Estos ya no eran de los que esperaban de Dios beneficios temporales ni el reino político de Cristo; sino que, con vista a lo inmortal, buscaron y amaron a quien soportó de ellos y para ellos tanto daño mortal; perdonando sus pecados hasta con el derramamiento de su sangre; mostroles con el ejemplo de su resurrección que sólo de El debían esperar y desear la inmortalidad.

Por esto, contrariando los deseos terrenales del hombre viejo y ardiendo por la novedad de la vida espiritual –de acuerdo a los mandatos del Señor en el Evangelio– vendían todo lo que tenían y ponían su precio a los pie de los Apóstoles para que ellos lo distribuyesen de acuerdo a las necesidades de cada uno (Hech., II, 44-45 y IV, 34-35).

Vivían concordes, con cristiano cariño; sin decir que algo era suyo, sino que todo les era común, con un alma y un corazón solos puestos en Dios (Id., IV, 32-35).

Después también ellos sufrieron persecución de parte de sus parientes y conciudadanos judíos; y fueron dispersos a fin de que por su dispersión, Cristo fuese más ampliamente predicado; y para que así imitasen la paciencia del Señor, sufriendo mansamente por El; ya que El mansamente los había sufrido a ellos.

43. *Conversión de los gentiles.*

A los perseguidores de estos santos perteneció también el apóstol Pablo, maltratándolos con saña. Pero después, hecho creyente y apóstol, lo enviaron a predicar el Evangelio a los gentiles. Entonces sufrió mayores daños por el nombre de Cristo que los que él había hecho contra el nombre de Cristo.

Cuando sembraba el Evangelio fundando iglesias entre los gentiles –por cuando los convertidos del culto de los ídolos a la adoración de un solo Dios, no hubieran podido con facilidad servir a Dios con la venta y distribución de sus bienes– insistentemente les ordenaba hacer oblaciones para los creyentes pobres de entre los santos de las iglesias judías. Así, a unos continúa soldados de la doctrina apostólica; y a otros, contribuyentes.

Los unía de este modo a Cristo como a su piedra angular, preanunciada por el profeta (Is., XXVIII, 16), y en la cual unos y otros –es decir, judíos y gentiles– como dos paredes de divino origen se amalgamaban con fraterno cariño.

Posteriormente se levantaron de parte de los paganos incrédulos, contra la Iglesia de Cristo, persecuciones más grandes y continuadas, cumpliéndose, día por día, las palabras del Señor que lo anunciaba: *"He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos"*. (Mat., X, 16).

CAPITULO IX

CATEQUESIS SOBRE LA EXPANSION DE LA IGLESIA Y EL JUICIO FINAL

44. *La vid de Cristo es podada y crece.*

Sin embargo, la Iglesia, que había sido profetizada como una vid y el mismo Señor lo había advertido, difundía sus fructuosas ramas por el orbe de la tierra. Tanto más copiosamente crecía, cuanto más abundantemente era regada con la sangre de los mártires.

Ante estos hombres, que innumerables morían por la verdad de la fe en toda la tierra, tuvieron que ceder los reinos perseguidores; y doblegada la soberbia cerviz se convirtieron reconociendo y adorando a Cristo.

Era necesario que esta viña, como varias veces lo predijera el Señor, fuese podada y limpiada de los sarmientos infructuosos, entre los cuales están las herejías y los cismas que habían aparecido en diversos lugares buscando, bajo el nombre de Cristo, no la gloria de El, sino el provecho de ellos. Con estas adversidades cada vez más se purificaba la Iglesia y resplandecía su doctrina y se manifestaban sus virtudes.

45. *Del juicio final.*

Todo esto lo habíamos leído como profetizado, y ahora lo sabemos porque se ha cumplido. A los primeros cristianos para que creyesen se los movía por medio de milagros, porque aún no se veía el cumplimiento de las cosas anunciadas. Nosotros, en cambio, hemos sido confirmados en la fe al ver como se ha cumplido lo que habíamos leído anunciado en libros que fueron escritos mucho antes.

Perseverando con la ayuda del Señor, sin duda creemos que se han de realizar aquellas otras cosas también anunciadas y que todavía no se han cumplido. Porque en las mismas Escrituras se anuncian futuras tribulaciones y el mismo día del último juicio, en el cual todos

los ciudadanos de las dos ciudades; recuperando sus cuerpos, han de resucitar para dar razón de sus vidas ante el tribunal de Cristo juez.

Vendrá entonces en el esplendor de su poder el que antes se había dignado venir en la humildad de su humanidad. Separará a los piadosos de los impíos; y no sólo de aquellos impíos que absolutamente no quisieron creer en él, sino también de aquellos otros que inútilmente y sin provecho lo creyeron. A los primeros les dará su reino con El y a todos los demás, por el contrario, los condenará eternamente con el diablo.

Como ningún goce temporal puede darnos idea de la vida eterna reservada para los santos, tampoco tormento alguno de este mundo puede compararse con los suplicios eternos de los condenados.

CAPITULO X

CATEQUESIS SOBRE LA RESURRECCION Y LA VIDA ETERNA

46. *Se prueba la resurrección final.*

En consecuencia, hermano, confírmate a ti mismo en el nombre y con la ayuda de Jesucristo, en quien crees, contra las lenguas de los que se burlan de nuestra fe. De sus palabras se vale el diablo para seducir, y especialmente para reírse de nuestra fe en la resurrección.

Por ti mismo pruébalo: antes no existías y ahora existes: cree que existirás. ¿Dónde, en efecto, estaba hace unos pocos años, la mole de tu cuerpo y esta forma y trabazón de miembros? ¿Antes de que nacieras, o de que fueras concebido, donde estabas? ¿Acaso no salió a luz del misterio de la creación por obra invisible de Dios? ¿Y no surgió con el crecimiento de la edad, este tamaño y forma?

Dios en un momento reúne montones de nubes sacadas de lo oculto y cubre en un instante el cielo, ¿cómo puede serle, por tanto, difícil hacer que vuelva la misma cantidad de tu cuerpo como era antes de morir, si pudo hacerla cuando aún no existía?

Cree, pues, fuerte e inalterablemente porque todo lo que, pereciendo, parece que se substrajese a los ojos humanos, está ante la omnipotencia de Dios salvo e íntegro.

Cuando Dios quiera, sin demora ni dificultades, remediará exactamente todo lo que de acuerdo a su justicia, juzgará que deba ser remediado; para que los hombres con esos mismos cuerpos rindan razón de sus obras, ya que con ellos las hicieron. Y en sus propios cuerpos merezcan o la renovación mediante la incorruptibilidad celestial, de acuerdo a los méritos de su piedad; o la corrupción del cuerpo, de acuerdo a la pena de su iniquidad. No será disuelto por la muerte, sino que suministrará materia a los dolores sin fin.

47. *Vida eterna de los santos.*

Huye, pues, por medio de una fe inconmovible y por medio de las buenas costumbres. Huye, hermano, de aquellos tormentos en los cuales los atormentadores no mueren; y en los cuales el no poder morir en los tormentos es una muerte sin fin.

Inflámate en amor y deseos por la vida sempiterna de los santos, donde la acción será sin trabajo y el descanso sin hastío. La alabanza a Dios será sin fastidio, sin mengua. No habrá tedio en el alma ni cansancio en el cuerpo; ninguna necesidad propia tendrás que remediar; ni ajena, que te aprecie.

Dios será toda delicia y satisfacción para la santa ciudad, que en El y de El vivirá en la sabiduría y en la bienaventuranza.

De acuerdo a lo prometido por El, deseamos con ansias y esperamos que seremos iguales a los ángeles de Dios (Luc., XX, 36); juntamente con los cuales gozaremos de la Trinidad por la visión; hacia la cual ahora caminamos por la fe (1 Cor., V, 7).

Ahora creemos lo que no vemos para merecer por medio de la fe, ver y unirnos a lo que creemos. A fin de que, no ya con las palabras de la fe y con el sonido de las palabras, alabemos la igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y la unidad de la misma Trinidad, y de como sean estas tres personas un solo Dios; sino que lo disfrutemos en silencio con purísima y ardiente contemplación.

48. *Evitar los malos.*

Fíjate estas cosas en tu corazón e invoca a Dios, a quien crees, para que te defienda contra las tentaciones del diablo. Sed cauto, para que este enemigo no te sorprenda por otros medios. El, para muy malevolente solaz de su condenación, busca ser condenado con otros. Y no sólo se vale de aquellos que odiaron el nombre cristiano y todavía se duelen que ese nombre llene el orbe de la tierra, deseosos aún de servir a los ídolos y a las supersticiones diabólicas; sino que se atreve a tentar a los cristianos por medio de aquellos, a los cuales hace poco nos referíamos, separados de la unidad de la Iglesia, como viña podada, y que son llamados herejes o cismáticos.

Esto lo intenta algunas veces; otra se esfuerza también para tentar y seducir por medio de los judíos.

Pero muy especialmente hay que cuidar para que nadie sea tentado ni engañado por aquellos mismos que están dentro de la Iglesia

Católica; y a los cuales ella soporta hasta el día en que, como paja, sean aventados.

Por esta razón, Dios es paciente con ellos: para confirmar la fe y ejercitar la prudencia de sus elegidos por causa de su perversidad; y porque muchos de entre ellos se cambiarán al bien, movidos a lástima de sus propias almas, y con gran decisión se resolverán a complacer a Dios.

No todos en verdad, gracias a la paciencia de Dios, acumulan ira para el día de su juicio y castigo; sino que la misma omnipotente paciencia conduce a muchos al salubérrimo dolor de la penitencia (Rom., II, 5-6).

Pero hasta que esto suceda, por culpa de ellos será ejercitada no sólo la tolerancia sino también la misericordia de los que ya caminan por el recto sendero.

Tú, en efecto, verás muchos ebrios, avaros, defraudadores, jugadores, adúlteros, fornicarios, los que se aplican remedios sacrílegos y otros que se entregan a brujerías, a astrólogos, o a cualquier otra clase de adivinaciones impías [35]. También echarás de ver que aquellas turbas que llenan las iglesias en los días festivos de los cristianos, también llenan los teatros en los días solemnes de los paganos; y entonces serás tentado a imitar este modo de vivir [36].

¿Por qué hablaré de lo que ya conoces?

Pues no ignoras que muchos llamados cristianos cometen todas estas maldades, que rápidamente he mencionado; y quizás no ignoras que hay hombres que tú conoces como cristianos y cometen actos más graves todavía.

Ahora bien, mucho te equivocas, si has venido con esta disposición como para realizar tales acciones con más seguridad. Nada te aprovecharía el nombre de Cristo, porque si El antes se dignó misericordiosamente socorrerte, ahora comenzará a juzgarte con toda severidad.

Todo esto lo anunció y lo dice en el Evangelio: *"No todo el que me dice: ¡señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor! ¡Señor! en tu nombre comimos y bebimos"* (Mat., VII, 21-22) [37].

La condenación es el fin de todos los que en tales obras perseveran. Y aun cuando veas a muchos que no sólo esto, sino que hasta lo defienden y aconsejan; atente a la ley de Dios y no imites sus transgresiones.

Tú no serás juzgado según sus opiniones, sino de acuerdo a la verdad de Cristo.

49. *Compañía de los buenos.*

Estréchate a los buenos, a los que ves amar contigo a tu rey.

Muchos buenos encontrarás cuando comiences a ser uno de ellos; pues así como en los espectáculos deseabas estar y juntarte con los que contigo apreciaban al mismo auriga, cazador o cómico; así también mucho mayor será tu deleite al unirte con los que contigo aman a Dios; del cual nunca tendrá que avergonzarse el que lo ama, porque no sólo jamás será derrotado, sino que a sus mismos amadores los hace invencibles.

Empero no has de colocar tu esperanza ni siquiera en los buenos –ni en los que te preceden, ni en los que te acompañan en el amor a Dios– ni tampoco en ti mismo por mucho que hayas adelantado, sino en aquel que, justificándose a ellos y a ti, a todos los hizo buenos.

En verdad deberás estar seguro de Dios que no cambia; pero del hombre nadie prudentemente puede estar seguro. Sin embargo, si debemos amar a aquellos que todavía no son justos para que lo sean, ¿cuánto más ardientemente no deberemos querer a los que ya lo son?

Pero una cosa es amar al hombre y otra poner la esperanza en él. Tanta es la diferencia entre estas dos cosas, que mientras Dios impone aquélla, prohíbe ésta [38].

Si sufrieras alguna mofa o tribulación por el nombre de Cristo, no desfallezca tu fe ni te apartes del buen camino, pues mayor galardón recibirás. Por el contrario, los que por causa de estas cosas hubiesen cedido al diablo, perderán hasta el menor de los premios.

Sé humilde ante Dios para que no permita que seas tentado más allá de tus fuerzas [39].

CAPITULO XI

MODELO DE CATEQUESIS BREVE

50. *Iniciación del catecúmeno.*

Dicho todo esto, se lo interrogará si lo cree y si desea observarlo.

Después que haya respondido afirmativamente, ha de ser solemnemente signado y tratado de acuerdo con el rito de la Iglesia [40].

Cuando reciba el sacramento de la sal le será oportunamente explicado que los ritos de las cosas sagradas son ciertamente visibles, pero que por medio de ellos deben ser veneradas las cosas invisibles; de modo que el elemento sensible santificado por la bendición no ha de ser considerado de acuerdo al uso que tiene de ordinario.

Debe enseñársele, asimismo, qué signifiquen las palabras que oyó; y cómo a él lo sazona aquello otro cuya representación lleva la sal.

En esta oportunidad ha de amonestársele para que si oyera en las Escrituras algo que le suene de modo material que, aun cuando no lo entienda, crea sin embargo que algo espiritual significa, perteneciente a las virtudes y a la futura vida.

En resumen: que entienda que cualquier cosa que oyere en los Libros canónicos que no pueda ser referido al amor de Dios eterno, veraz y santo, ni al amor del prójimo, piense que ha sido dicho o hecho en sentido figurado. De tal manera ensaye entenderlo y referirlo a estos dos amores. Tampoco ha de entender en sentido material la palabra prójimo, sino a todos los que con él puedan estar –parézcalo o no– en la ciudad de Dios. No desesperar de la corrección de ningún hombre, que por la paciencia de Dios está todavía vivo, y no por otra causa sino para ser conducido a la penitencia, de acuerdo a lo que dice el Apóstol (Rom., II, 4).

51. *Motivos para una catequesis más breve.*

Si te parece larga esta lección, con la cual instruí a un ignorante como si estuviese presente, tú puedes desarrollarla más brevemente.

En cambio, juzgo que no debe ser más larga. Empero, es de gran interés saber qué aconseja la misma lección mientras se dicta; no sólo por lo que la presencia del auditorio muestra soportar, sino también por lo que muestra desear.

Cuando, pues, es necesario proceder con rapidez, observa cuán fácilmente puede ser desarrollada la lección.

Haz venir nuevamente alguno que quiera ser cristiano. Supongamos que interrogado, contestó lo mismo que el anterior oyente. Porque si así no respondiese habría que enseñarle cómo deba contestar.

Después, todo lo demás se compone de este modo.

52. *Exordio.*

Verdaderamente, hermano, aquélla es grande y real felicidad, la prometida a los santos en la vida futura. En realidad todas las cosas visibles pasan, y toda la pompa y las delicias, y las curiosidades de la presente vida perecerán, y consigo arrastrarán a sus amadores a la perdición.

De esta perdición, es decir, de las penas sempiternas, Dios misericordiosísimo, queriendo librar a los hombres –si ellos no son enemigos de sí mismos y no resisten a la misericordia de su Creador– envió a su unigénito Hijo; esto es, a su Verbo, igual a El, por quien creó todo lo que existe. Y permaneciendo en su divinidad y no separándose del Padre, ni sufriendo cambio, tomando sin embargo, la humanidad y apareciendo en carne mortal a los hombres vino hasta los hombres.

Y así como por un solo hombre, el que primero había sido creado, esto es, Adán, entró la muerte en el género humano porque consintió a su mujer, seducida por el diablo, para que transgrediese el precepto de Dios; así también por un solo hombre que también es Dios, Hijo de Dios, Jesucristo, destruidos todos los pecados pasados, entrasen en la vida eterna todos los que creyesen en El (Rom., V, 12-19).

CAPITULO XII

CONTINUACION DE LA CATEQUESIS BREVE

53. *Las profecías y su cumplimiento.*

Todo cuanto ahora ves en la Iglesia de Dios y todo cuanto se honra con el nombre de Cristo sobre toda la tierra ya ha sido predicho hace muchos siglos. Como lo hemos leído, así ahora lo vemos; y por esto nos fundamentamos en la fe.

Hubo una vez un diluvio sobre la tierra para que fueran destruidos los pecadores. Los que se salvaron en el arca mostraban el futuro misterio de la Iglesia, la cual ahora sobrenada en medio de las olas del mundo y por el leño de la cruz de Cristo, está libre de sumergirse.

Fue predicho a Abraham, fiel siervo de Dios, que de él solo entre los hombres, nacería un pueblo que adoraría un solo Dios, entre los demás pueblos que adoraban ídolos. Todas las cosas que fueron anunciadas que iban a sucederle a ese pueblo, así se cumplieron como fueron anunciadas [41].

Fue profetizado en ese pueblo, que Cristo, rey de todos los santos y Dios, descendería de la estirpe de Abraham, según la carne; la cual tomó para que todos los que imitasen la fe de Abraham fuesen también hijos de Abraham. Y así sucedió: Cristo nació de María virgen, que fue de esa familia [42].

Fue predicho por los profetas que padecería en la cruz a causa de ese mismo pueblo judío, de cuya raza procedía según la carne; y así sucedió.

Fue predicho que resucitaría y resucitó [43]. Y de acuerdo con esos vaticinios proféticos subió al cielo y envió a sus discípulos el Espíritu Santo.

Fue predicho y no sólo por los profetas, sino también por el mismo Señor Jesucristo, que su Iglesia se extendería por todo el orbe de la tierra por medio de los martirios y sufrimientos de los santos. Y esto fue anunciado cuando todavía el nombre de Jesucristo era desconocido a los gentiles; y burlado, donde se lo conocía [44]. Y, no obstan-

te, mientras se proclamaban, estas cosas eran creídas por la fuerza de los milagros, hechos por El mismo o por sus siervos.

Y ahora vemos (lo cual también fue profetizado) que todo se ha realizado y que los mismos reyes de la tierra que antes perseguían a los cristianos se han sometido al nombre de Cristo.

Fue predicho también que brotarían de su Iglesia cismas y herejías, que invocando su nombre en los lugares que les fuera posible, buscarán su propia gloria y no la de Cristo; y así se cumplió [45].

54. *Profecías que se cumplirán.*

¿Por ventura, las cosas anunciadas que faltan, no se realizarán?

Claro es que del mismo modo que se han cumplido aquéllas; así también se cumplirán las que todavía faltan.

Aún quedan algunas tribulaciones para los justos, y también el día del juicio que separará, en la resurrección de los muertos, a todos los impíos de los justos; y no sólo a aquellos que están fuera de la Iglesia sino también a los que son como paja, a la cual debe soportar muy pacientemente hasta el día en que sea aventada y separada para el merecido fuego.

Los que se burlan de la resurrección pensando que esta carne no puede resucitar porque se pudre, han de resucitar para ser castigados en ella, mostrándoles así Dios que quien pudo hacer los cuerpos cuando no existían, puede en un instante restablecerlos como antes habían sido.

Todos los fieles reinarán con Cristo; y resucitados con el mismo cuerpo, merecerán ser transformados en la incorrupción angélica para que –como el Señor lo prometió– sean iguales a los ángeles de Dios (Luc., XX, 3).

Existiendo siempre, lo alabarán sin defecto y sin cansancio en El y por El; con tal gozo y bienaventuranza cual no la puede hombre alguno decir ni pensar.

55. *Normas de conducta.*

Por cuanto tú crees todo esto, cuídate de las tentaciones (el diablo busca a quien perder con él) a fin de que este enemigo no te seduzca, no sólo por obra de aquellos que están afuera de la Iglesia –paganos, judíos y herejes–, sino también por los que vieres vivir mal en la misma Iglesia Católica.

No imites a los que sin freno se entregan a los placeres de la gula, o a los impúdicos; a los dados a las vanas e ilícitas curiosidades, sea de espectáculos, sea de remedios supersticiosos o de adivinación diabólica; ni tampoco a los que viven en el lujo y en el orgullo, ávidos de riquezas y de soberbia, o en cualquier género de vida que la ley de Dios condena y castiga.

Por el contrario, únete a los buenos –a los cuales fácilmente encontrarás si tú te haces tal– para que juntos adoréis y améis a Dios por solo amor; pues, todo El será nuestro premio, y para gozar en la vida celestial de su bondad y esplendor.

Debe ser amado, no como algo visible con los ojos, sino como se ama a la sabiduría, la santidad, la justicia y la caridad, y a lo que a todo esto se parece. Pero no se han de amar en la forma como se hallan en los hombres, sino como en la misma fuente de la incorruptible e inconmutable sabiduría.

A cualquiera, pues, que vieras amar esto, únete para ser reconciliado con Dios por medio de Cristo, que se hizo hombre para ser mediador de Dios y de los hombres.

No vayas a creer que los perversos, aun cuando entren en las iglesias, entrarán también en el reino de los cielos. A su tiempo, serán separados si no se convierten al bien.

Por tanto: a los buenos imítalos, a los malos toléralos y a todos ámalos, porque no sabes cómo será mañana el que hoy es malo.

No estimes su mal proceder, sino a ellos, para que busquen la justicia; porque no sólo se nos manda el amor de Dios, sino también el amor al prójimo. En estos dos mandamientos se contiene toda la ley y los profetas (Mat., XXII, 37-40). La cual no cumple sino el que haya recibido en don al Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo, porque esta Trinidad es Dios, en el cual debe ponerse toda esperanza. En el hombre no hay que ponerla, sea él quien sea. Distinto es aquel que nos justifica, de aquellos con los cuales somos justificados.

No solamente el diablo tienta por las concupiscencias, sino también por los terrores a los desprecios, a los dolores y a la misma muerte. Pero cuanto más sufriere el hombre por el nombre de Cristo y por la esperanza de la vida eterna soportándolo con perseverancia, mayor premio se le dará. Por el contrario, si cediera al diablo con él se condenará.

Con piadosa humildad, las obras de misericordia alcanzan del Señor que sus siervos no sean tentados más de lo que pueden soportar (I Cor., X, 13).

NOTAS

1. A este propósito dice el mismo San Agustín: "A esta categoría pertenecieron todos los antiguos justos porque vivieron según la única y misma fe en que vivimos nosotros, creyendo en la Encarnación, Pasión, Resurrección futura, como nosotros en la ya venida" (*Contr. duas epist. Pelag.*, III, 11).

2. La mano de Jacob que se adelantaba a todo su cuerpo, figuraba a los justos anteriores a Jesucristo; y los cinco dedos de la misma mano agarrando el talón de Esaú significaban, según el santo Doctor, que el pueblo cristiano, compuesto en su mayoría de gentiles, suplantará al pueblo judío, como el menor de los hermanos suplantó al mayor. La ley *(Torah)* es el nombre que los judíos daban al Pentateuco (cinco libros) de Moisés.

3. Los antiguos dividían la vida del hombre en siete edades: infancia (del nacimiento a los 7 años), niñez (de los 7 a los 14), adolescencia (de los 14 a los 28), juventud (de los 28 a los 50), virilidad (de los 50 a los 60), vejez o senectud (de los 60 a los 80), y decrepitud (*De ver. relig.* XXVI, 48; y *Serm.*, 213, I). Del mismo modo, algunos Santos Padres, entre ellos San Agustín –por razones, quizás, de apologética– seccionaron el proceso histórico de la humanidad desde su caída original, en siete edades. Cinco premesiánicas (a las cuales se refiere aquí nuestro autor): 1.ª Edad Antediluviana, 2.ª Edad Patriarcal, 3.ª Edad de la Monarquía Hebrea, 4.ª Edad del Destierro Babilónico, y 5.ª Edad Postexsílica. La 6.ª comprende desde la venida de Cristo, y la 7.ª la Eternidad.

4. Moisés.

5. De tal manera se había infiltrado el politeísmo en la vida privada y pública de los gentiles que la Iglesia, ya desde sus albores, había tenido muy en cuenta la profesión y oficio de los que se acercaban solicitando ser admitidos a la instrucción cristiana. He aquí una lista de las profesiones entredichas desde el siglo III, en Roma:

Debían ser rechazados de inmediato los magos y los entregados a los vicios inconfesables. Podrían ser admitidos a la primera instrucción si previa y definitivamente abandonaban su oficio: los porteros de prostíbulos, los fabricantes o pintores de ídolos, los actores y empresarios de teatros, los aurigas del circo, los gladiadores, los cazadores de bestias en los espectáculos públicos, los encargados oficiales de estos espectáculos, los sacerdotes y guardianes de ídolos. Algunos, como los maestros, debían abandonar la enseñanza si no podían librarla de la influencia politeísta. Los magistrados, jefes de tropas, que debían realizar actos de culto idolátrico inherentes a sus cargos, antes de ser admitidos a la enseñanza tenían que renunciar a sus puestos. Los adivinos, los fabricantes de amuletos, los interpretadores de sueños, podrían ser admitidos a la enseñanza de la doctrina cristiana si abandonaban su oficio y daban pruebas después de haberlo abandonado. Había, además, encuestas sobre la condición civil, si era esclavo, casado, amancebado, etc. Conf., Hippolyte de Rome, *La Tradition apostolique*, pág. 44 y sig. París, 1946.

6. Como se ha dicho ya en la introducción –véase N.º 4–, San Agustín no expresa aquí más que el sentir de todos los latinos. Esto de considerar la elocuencia como un juego de palabras no es una opinión privada suya. Para todos era una ocupación de ociosos, discutidores, sofistas y "griegos", con cuya palabra despectivamente se los mencionaba. (Conf., Boisier, *La fin du paganisme*, vol. I.).

7. Esto sucedía particularmente en Africa, donde una gran cantidad de ministros sagrados hablaban el púnico y no dominaban mucho el latín de las preces litúrgicas.

8. Juego de palabras. En latín el santo Autor dice: *bona dictio,* o sea, buena dicción; y *benedictio,* que es lo mismo que bendición.

9. La palabra sacramento aquí se refiere a los distintos ritos del catecumenado, como ser signaciones, imposiciones de manos, exorcismos, genuflexiones, gustación de la sal, etc., que hoy se hallan comprendidos dentro de la Liturgia Bautismal.

10. El apóstol San Pablo.

11. Se refiere al paganismo, que tan hondamente había penetrado en la vida y en el pensamiento de los hombres.

12. Las iglesias de Italia.

13. Es muy probable que el santo Doctor quiera significar que su oyente se retiró para no volver más, perdiéndose así la oportunidad de que se hiciese cristiano.

14. Los catecúmenos que habían dado su nombre al principio de la cuaresma para ser bautizados el día de pascua. A éstos se les solía dar el nombre de *competentes* o *iluminados*.

15. *Hacerse cristiano,* es decir, que se presenta para ser instruido con la intención de ser admitido en la Iglesia. Las catequesis que a continuación desarrolla el Santo Doctor son previas a toda iniciación. Si una vez terminadas continuaba en su propósito de ser cristiano, entonces se daba comienzo al *catecumenado,* que podía durar hasta dos o tres años. Luego, al iniciarse la cuaresma, el obispo invitaba a los catecúmenos que habían perseverado en la instrucción y contra cuya conducta nada tenían que observar los fieles, a dar su nombre para ser bautizados. El canon 85 de los Estatutos de la iglesia de Africa establecía: "Los que desean ser bautizados deben dar su nombre, y luego de haber sido probados en la abstención de vino y de carne, y por una frecuente imposición de mano, deben ser bautizados" (Hefele C. J., *Histoire des Conciles,* t. II, I parte, pág. 119. París, 1908). El término *cristiano* comprendía a los catecúmenos y a los bautizados, pero a estos últimos se los denominaba *fieles*.

16. En las ciudades del antiguo Imperio Romano había dos clases de juegos: unos públicos y otros privados. Los primeros eran celebrados en honor de los dioses o de algún héroe o personaje importante; estos juegos los pagaba el municipio. Los segundos corrían por cuenta de personas privadas. En ambos casos su costo era elevadísimo; pero de todos modos el pueblo sólo pagaba con aplausos y gritos en honor de los organizadores.

17. Las termas eran lugares públicos, muchos de ellos de una suntuosidad y magnificencia extraordinarias, donde los romanos podían tomar toda clase de baños, ya fríos, tibios o calientes. Estos edificios poseían además otras muchas dependencias para los más variados entretenimientos, y palestras para gimnasia, juegos y atletismo. La sensualidad, las desnudeces, la promiscuidad eran el origen de escándalos, desenfrenos y excesos innumerables e inconcebibles. El emperador Justiniano declaró causa legítima de divorcio la liviandad de la mujer que frecuentaba los baños (*Codex Justiniani,* lib. V, tít. 17, N.º 11). Los mismos emperadores paganos, como Adriano,

Marco Aurelio y Alejandro Severo, se vieron forzados a combatir tanta inmoralidad, pero no con mucho éxito. Esta limpieza la realizó el Cristianismo. Los escritores cristianos contribuyeron eficazmente a remediar tanto mal y a formar una nueva conciencia al respecto. Conf., entre otros, Clemente Alejandrino, *Paedagogus,* III, 5; S. Cipriano, *De habitu virginum,* XXI; S. Agustín, *Epist.,* CCXI, 13.

18. Pensamiento repetido por el Santo. "Como se dice rectamente –escribe en otro lugar– que Dios hace cuando nosotros obramos ayudados por su gracia; así también se puede decir rectamente que descansa cuando por don suyo descansamos" (*De Gen.* ad litt., IV, 9-16; y *Conf.,* XIII, 38-52).

19. Contra varios herejes de aquellos tiempos que consideraban el cuerpo humano, y la materia en general, como cosa mala no creada por Dios. La materia y la carne humana es obra de la bondad de Dios; pero luego enferma a consecuencia del pecado, que es obra de la voluntad humana. Jesucristo no vino a hacer buena la obra de Dios, que ya lo era, y menos a su carne, concebida por obra del Espíritu Santo en el seno de la Sma. Virgen, a su vez concebida sin mancha original; sino a sanar con su humanidad a todos los hombres enfermos por el pecado.

20. Dice en otra de sus obras (*De Corrept. et grat.* , XII, 37): "Adán era libre para perseverar o no perseverar, pues contaba su voluntad con fuerzas para eso, por haber sido creado sin pecado alguno y sin que tuviese que luchar en sí mismo contra la concupiscencia; y por eso se confió a su albedrío la facultad de conservar semejante caudal de bienes y la facilidad de perseverar en la justicia. Cierto que Dios previó lo que había él de hacer injustamente; sólo lo previó, pero sin impulsarlo a ello y sin ocultarle lo que con justicia había de hacer con él si faltaba".

21. Servir a Dios libremente consiste en servirlo por amor. "El que sirve por la caridad –dice Agustín– libremente sirve, haciendo lo que el amor indica y no lo que el miedo impone" (Epist. ad Gal. XLIII). Y en otra parte añade: "Juzgó Dios que serían mejores sus servidores, si libremente lo servían, cosa imposible de conseguirse mediante un servicio impuesto por la necesidad, y no voluntario. Por esto, libremente sirven a Dios los ángeles, lo cual resulta en beneficio de ellos y no de Dios, pues El no ha menester de bien ajeno, por ser bien absoluto de por sí" (*De Vera Relig.,* XIV, 27 y 28.)

22. El mismo San Agustín sobre este punto corrige en sus *Retractaciones* (Cap. XIV-PL., XXXII, 635): "En nuestro libro *De Catechizandis Rudibus,* he dicho: Dios en verdad es capaz de arreglar las *almas* que lo abandonaron; sería más conveniente haber dicho *espíritus,* ya que de ángeles se trataba".

23. Muchas veces San Agustín trata este tema de las dos ciudades, cuyo origen lo indica en su gran obra "La Ciudad de Dios", diciendo: "Dos amores hicieron dos ciudades: a la ciudad terrena la hizo el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios; a la celestial, el amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo" (XIV-XXVIII).

24. *Jonás,* III, 10.

25. La palabra leño y madero se refieren a la cruz de Cristo. Ver *Gén.,* VI, 14 y XXII, 7-9; *Ex.,* XV, 25, y *Ecli.,* XXXVIII, 5; *Deut.,* XXI, 23 y *Gál.,* III, 13; *Hech.,* V, 30 y XIII, 29; *I Pedr.,* II, 24.

26. *Gál.,* III, 6-9.

27. En este breve punto, San Agustín se refiere a los dos sentidos de la Sagrada Escritura: el literal y el típico. El sentido literal es el pensamiento que las palabras

expresan según la intención de quien las dice. El sentido típico es el que se deduce no de las palabras, sino de las cosas o personas por ellas expresadas.

28. Véase el N.º 6 en el Cap. III de la 1.ª parte.

29. Véase la nota 3.ª en el capítulo anterior.

30. Capítulo IV, 31.

31. *Jer.*, IV-V, 15-19; VI, 22-26; XIII, 1-14; XVI, 13; XXV, 9-11, etc.

32. Se refiere a los emperadores romanos.

33. Según la Vulgata: "con toda piedad y honestidad".

34. Ver Cap. V, 35.

35. San Agustín conocía muy bien todo esto, que él llama *curiosidad sacrílega,* tan pública y extensamente desarrollada dentro del paganismo; pero además porque las había estudiado y practicado durante el primer período de su vida (*Conf.*, III, 5 y VII, 8-10). Combatió sin descanso contra estas perniciosas supersticiones, que limitan la libertad humana y esclavizan las almas a las fuerzas tenebrosas del mal. La Iglesia desde hacía tiempo las había condenado. Eco de estas condenaciones son los cánones de los concilios de Laodicea (366) y de Toledo (400). Las iglesias africanas se regían en esta materia por el canon 89 de las *Statua Ecclesiae Antiqua,* que establece: "Aquel que frecuenta a los augures (adivinos) y se ocupa de encantamientos (evocaciones) debe ser expulsado de la Iglesia; lo mismo aquel que participa de supersticiones judías y de fiestas paganas" (Hefele C. J., *Histoire des Conciles,* t. II, 1er partie, pág. 119. parís, 1908).

36. San Agustín dejó en las *Confesiones* (VI, 7 y 8) una prueba elocuente del frenesí que despertaban estos juegos sanguinarios e inmorales. Los romanos, con el nombre de espectáculos, agrupaban tres tipos de juegos públicos. Los del circo (*circenses*) consistían en luchas de hombres entre sí, ya de gladiadores, ya de condenados a muerte, en este espectáculo era inevitable el derramamiento de sangre humana. En el circo tenían lugar también las carreras de caballos y de carros. Los juegos del anfiteatro consistían en luchas entre hombres y fieras: leones, tigres, panteras, etc. Los del teatro los realizaban los histriones y cómicos, remedando las nefandeces de los dioses y ejecutando las más desvergonzadas acciones. Todos estos espectáculos eran concurridísimos, no obstante, su crueldad y la gran cantidad de hombres que perecían en ellos; era un título de honor el correr con los gastos y el proporcionarlos con frecuencia al pueblo. En todos estos lugares y juegos, pero especialmente en el circo y en los anfiteatros, fueron sacrificados incontables mártires. A los cristianos les estaba vedado asistir a ellos. Teodorico prohibió la lucha de gladiadores en ocasión de la muerte del monje Almaquio, que en nombre de Cristo se interpuso entre dos gladiadores para que no se mataran, pereciendo él a mano de ellos.

37. La expresión: "comimos y bebimos delante de ti" se encuentra en San Lucas (XIII, 26). Parece que con estas palabras esos tales pretendían justificar su vituperable conducta, recordándole al Señor la intimidad con que lo habían conocido y tratado.

38. El amor al prójimo está ordenado en numerosos pasajes de la Escritura, como por ejemplo: *Mat.,* XIX, 19; XXII, 39; *Rom.*, XIII, 9; *Sant.,* II, 8; *Juan,* XIII, 34, etc. Por el contrario, se lee en Jeremías (XVII, 5): "Maldito quien pone su confianza en el hombre, y se apoya en un brazo de carne".

39. *I Cor.,* X, 13. San Agustín insiste constantemente en la necesidad de la cooperación humana a la acción de la gracia. El hombre, bajo la acción de la gracia, no es un mero instrumento, pasivo e inerte. Afirma el Santo en su obra *"Del don de la*

perseverancia" (XIII, 33): "Nosotros obramos, pero es Dios quien hace que obremos". Es la oración de la humildad y de la confianza cristianas la que nos asegura la perseverancia en la gracia y la perseverancia final. "Da lo que mandas y manda lo que quieras"; así ora a Dios San Agustín en sus *Confesiones*. La oración todo lo alcanza y no hay cosas imposibles de cumplir, porque Dios no manda lo que no se puede hacer. "Lo que la ley manda está al alcance de la fe", afirma el Santo. Y también: "Ordena Dios algunas cosas que no podemos cumplir para que sepamos lo que le debemos pedir. Es una misma la fe que por la oración impetra, lo que la ley manda" (*De grat. et lib. arb.*, XVI, 32).

40. Es decir, se lo anotaba en el número de los catecúmenos. Entonces, se le hacía solemnemente la señal de la cruz sobre la frente, con cuyo acto comenzaba a pertenecer a la gran familia de Cristo, la Iglesia (*In Joan,* II, 4). El catecumenado es como el ingreso en el seno materno de la Iglesia; la gestación se realiza catequizándolo, exorcizándolo y probándolo (*De fide et operibus,* VI, 8), hasta que lo daba a la luz de la gracia por medio del santo Bautismo. Hoy todas estas ceremonias se realizan juntas de inmediato antes del Bautismo y forman el rito bautismal.

41. *Gén.,* XVI, 4 y XVII, 4-7; *Rom.,* IV, 11-12.

42. *Gén.,* XII, 3; *Mat.,* I, 1; *Luc.,* III, 23-34.

43. *Luc.,* XIV, 13 y sig.; *Hech.,* II, 22-36.

44. *I Cor.,* I, 23.

45. *Mat.,* XIII, 24-30, y XVIII, 7; *I Cor.,* XI, 18-19; *I Juan,* II, 18-19.

INDICE

PARTE II

PRACTICA DE LA CATEQUESIS